

mación diversas. Pero no deja de ser una iniciativa valiente que muestra su inquietud intelectual y su capacidad de diálogo con las últimas tendencias teóricas y críticas.

Rosa Fernández Urtasun
Universidad de Navarra

Neira, Julio

Manuel Altolaguirre, impresor y editor. Madrid: Consejo Social de la Universidad de Málaga / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2009. 709 pp. (ISBN: 978-84-95078-65-0)

Manuel Altolaguirre es una figura literaria y vital muy interesante, un personaje que podríamos calificar –sin temor a equivocarnos– como apasionante, atractivo para todo aquel que ame la literatura, la poesía, y conozca un poco su trayectoria y lo que significó. Manuel Altolaguirre se formó un nombre propio en la historia de la literatura del siglo XX, una suerte de marbete de calidad, pues todo lo que tocaba lo convertía en joya bibliográfica.

Con motivo del centenario de su nacimiento, en 2005, se celebraron diversos congresos y se editaron catálogos que le resituaron como impulsor de la Generación del 27, junto a Emilio Prados, al frente de la Im-

prenta Sur y la revista *Litoral*, ancladas en Málaga, principalmente en la Calle San Lorenzo 12. Este hito de nuestra historia reciente solo pudo llevarse a cabo a través del impulso de estos dos jóvenes altruistas que por amor a la poesía –a la Poesía con mayúsculas, podríamos decir– entregaron su vida y sus esfuerzos para la posteridad. Y lo hicieron muy bien, extraordinariamente bien. Optimizaban los recursos y editaban con sobriedad y rigor expresivo, con estilo inconfundible, primeramente siguiendo la estela juanramoniana de sus publicaciones, y posteriormente haciendo de esa interpretación de JRJ un sello propio y singular. El de Moguer había marcado el camino de la renovación gráfica en España y los malagueños solo tuvieron –supieron– recoger la estela. Y eso solo se puede hacer desde el amor por los textos impresos, desde el amor de la composición y la maquetación, los quebraderos de cabeza por las erratas cuando las cosas no salen del todo bien –como en el primer número de *Litoral*– y desde el trabajo que suponía estar horas y horas componiendo y recomponiendo, cuando no tenían más que unos pocos juegos de letras –las cajas de tipos con las letras de plomo– que, por entonces, eran carísimos. ¿Qué habrían editado hoy Manuel Altolaguirre y Emilio Prados si tuvieran los medios de que disponemos?

Para empezar no se habrían tenido que enfangar con las tintas y los tipos, con las letras dándole a la prensa cada vez que tenían que estampar una obra, ya que lo mandarían directamente a la imprenta, y ellos posiblemente se habrían dedicado solo al diseño... pero quién sabe. Desde luego, y en cualquier caso, hoy es una quimera feliz todo lo que realizaron en la Imprenta Sur, una heroicidad sin ninguna duda, una señal del trabajo bien hecho, impoluto, inmejorable, una marca de diseño en las letras españolas de todos los tiempos, que solo lo pudieron realizar desde la precariedad y el desinterés más absoluto, solo por amor al arte.

Manuel Altolaguirre dejó por ejemplo de ir a visitar a una medio novia que residía en Londres con un dinero ahorrado que tenía porque se compró una imprenta. O en su viaje a España en 1950, cuando visitó la Antigua Imprenta Sur –llamada entonces Dardo–, “se puso perdido de tinta”, según Alfonso Canales, al ayudar a componer un libro de poemas, en un capítulo emotivo tras el exilio, y concretamente a Málaga, al mismo lugar donde se había forjado el mito. Allá donde se desplazaba iba comprando diferentes imprentas, vendiéndolas y comprándolas, dejando una saga de publicaciones que hoy se catalogan como lo mejor de la imprenta contemporánea, un lujo para coleccionis-

tas. Hay que recordar que en *Litoral* –en sus Suplementos– y en la Imprenta Sur se dieron a la luz por primera vez obras como *Canciones* de Federico García Lorca; *La amante*, de Rafael Alberti; *Ámbito*, de Vicente Aleixandre; *Perfil del aire*, de Luis Cernuda; *La flor de California*, de José María Hinojosa; *Jacinta la Pelirroja*, de José Moreno Villa, etc., y se “perpetró” el número triple homenaje a Luis de Góngora que a la postre significó la efeméride que dio número –el 27, o mejor: el Veintisiete– al grupo del cual tanto Altolaguirre como Prados forman parte. Sí, hay que recordar de nuevo que de Vicente Aleixandre o de Luis Cernuda se publicaron sus primeros libros, de Alberti y de Lorca sus segundos poemarios, y si bien Aleixandre recibió el Nobel, no menos se lo habrían merecido Cernuda o Alberti. No nos olvidemos de que Emilio Prados y Manuel Altolaguirre –los cuales crearán un tándem durante toda su vida, con intervalos en una amistad ciertamente fructífera– pertenecen por derecho a la nómina más estricta, esto es, de aquellos diez “elegidos”, tocados por las musas y la decantada selección de la historiografía contemporáneas: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Luis Cernuda, y ellos dos. Otros autores ciertamente muy considerables

nunca entrarán en esta nómina, sumamente reducida (a pesar de que el concepto de Generación del 27 recoja a muchos más poetas y escritores, sería en cualquier modo una sinécdoque *pars pro toto* ya de por sí, pues engloba y denomina toda una época a través de un grupo que no puede ser representativo, pero que se convierte en modélico). La historia del Veintisiete, el afán de poesía y amistad que poseían sus integrantes, es realmente paradigmático e impresionante, y a poco que se rastrea su peripecia se va descubriendo lo que se ha calificado como un momento cumbre de las letras españolas.

Este libro, *Manuel Altolaguirre, impresor y editor*, sin pretender restarle importancia al Manuel Altolaguirre poeta, se dedica a ensalzar su labor como impresor y editor, pues hasta ahora no se habían realizado acercamientos completos como este de este aspecto suyo tan destacado y trascendental. En sus páginas está contagiado de esa fuerza vital del personaje, narrativa, mostrándonoslo de una manera incesantemente pasional: sus tempranas iniciativas en el colegio, donde escribía saetas a la Virgen, el momento de *Litoral* y la ilusión por conjuntar en un proyecto editorial al Veintisiete (siempre con Emilio Prados), ese grupo que Juan Guerrero – el Cónsul General de la Poesía, en palabras de Federico García Lorca– ha-

bía denominado como “joven literatura”, pasando por la ruptura con el formalismo (en Altolaguirre sin embargo nunca se dio esa ruptura con JRJ, con Salinas o Guillén), sus publicaciones en la época de la II República, el momento terrible de la Guerra Civil, la huida por la frontera, su confinamiento en un campo de concentración y posteriormente en un manicomio en Francia... el exilio en Cuba y México... Llama por ejemplo la atención, en lo editorial, cómo publicarán de nuevo en la aventura mexicana tres números de *Litoral*, recordando viejos tiempos y sobreviviendo a ellos mismos, y que con ese mismo sello, y en el año 1945, por fin cumpla Altolaguirre el viejo deseo de dar a la imprenta *Cántico* de Jorge Guillén (llevaba casi veinte años intentándolo). Es de notar, en lo vital y moral, cómo es criticado –todo esto se sabe hoy a través de la correspondencia– por Pedro Salinas cuando Altolaguirre se separa de Concha Méndez (aunque luego volvió con ella), ya que Salinas hipócritamente había vivido una relación extramatrimonial con Katherine Whitmore, que ahora también es conocida por la publicación del epistolario.

En fin, son muchos los detalles, las anécdotas, los asuntos que trata este libro, que va sondeando siempre todo lo que se mueve alrededor de Manuel Altolaguirre (auténtico motor literario,

de proyectos, que se iban expandiendo allá por donde él pasaba), su complejo y rico mundo, en suma, y que va elaborando al mismo tiempo un corpus bibliográfico inmenso, ya que recapitula todo lo más destacable que se ha escrito sobre la Generación del 27 de la mano de uno de los mejores especialistas actuales, como es el catedrático de la UNED Julio Neira, quien lleva dedicándose toda su vida a esta labor, recogiendo sus investigaciones y conclusiones, y ensamblándolas.

En efecto, Julio Neira realiza un rastreo ágil y entusiasta, con una cantidad de material contrastado que sorprende por su agudeza crítica, excelentemente conjuntado, destacando aquellos detalles oportunos, valorando las aportaciones de la crítica hasta el momento y haciendo balance. En ese sentido no deja de alabar trabajos como los de James Valender, o de criticar –y justificar por qué– el estudio de Gonzalo Santonja sobre Altolaguirre en Cuba. Por su honestidad, también se agradece que no todo sea bonito en la historia de la literatura y de la filología, y de que haya escollos, libros malos y aportaciones deleznable en cualquier momento, de reconocidos catedráticos e ilustres estudiosos. No debemos dejar de señalar que el Apéndice en color, el “Catálogo de las revistas y colecciones impresas o editadas por Manuel Altolaguirre, ordenadas por lugares y fe-

cha de publicación”, es ciertamente muy útil y ameno, pues se pueden ir viendo las obras tal y como se las va citando a lo largo de las más de quinientas páginas del estudio (en total el volumen consta de más de setecientas, pero se leen casi de un tirón).

Para terminar de reseñar este magnífico libro, *Manuel Altolaguirre, impresor y editor*, hay que decir que estamos frente a un ejemplar que hay que leer y que su escritura es una suerte de contagio por aquella pasión que poseía este personaje polifacético y ejemplar. Como reza en la contracubierta, de modo conclusivo:

Manuel Altolaguirre destaca como uno de los creadores más polifacéticos de la España del siglo XX (trabajó como poeta, dramaturgo, conferenciante, articulista, guionista, director y productor cinematográfico), si bien su actividad más significativa y continuada fue la de impresor y editor, a la que dedicó veintisiete años de su vida. En este libro Julio Neira estudia las circunstancias que rodearon las etapas de la trayectoria de Altolaguirre al pie de sus prensas (en Málaga, París, Madrid, Londres, Valencia, La Habana y México) y, a través del análisis de las numerosas revistas y colecciones fruto de su producción, ahonda en el conocimiento de la realidad sociocultural y de

la literatura española de la época: la consolidación del grupo del 27 que puede rastrearse a través de las revistas *Ambos*, *Litoral* o *Poesía*; las divergencias estéticas y el nacimiento de una nueva promoción que evidencian *Héroes, 1616* o *Caballo Verde para la Poesía*; el fin de una etapa que constatan revistas del exilio como *La Verónica*, *Atentamente* o *Antología de España en el Recuerdo*. Por último, el libro ofrece el catálogo más completo publicado hasta el momento de las revistas, libros, pliegos o *plaquettes* editados y/o impresos por Altolaguirre, incluyendo sus índices y las imágenes de sus cubiertas.

Juan Carlos Abril
Universidad de Granada

Olivares, Julián

ed. *Tras el espejo la musa escribe: Studies on Women's Poetry of the Golden Age*. Woodbridge: Tamesis, 2009. xxiv + 321 pp. (ISBN: 84-323-0781-5)

El Catedrático de la Universidad de Houston Julián Olivares ha dedicado toda una carrera al estudio y difusión en Estados Unidos de la poesía española del Renacimiento y Barroco. A su excelente *The Love Poetry of Fran-*

cisco de Quevedo: An Aesthetic and Existential Study (Cambridge University Press, 1983; reed. 2009) le ha seguido a lo largo de los años una serie de trabajos que han dado cuenta de la vasta erudición y sensibilidad crítica de uno de los más reconocidos hispanistas del otro lado del Atlántico. La presente antología, que reúne artículos de Electa Arenal, Aránzazu Borrachero Mendíbil, Anne J. Cruz, Adrienne L. Martín, Rosa Navarro Durán, Inmaculada Osuna, Amanda Powell, Elizabeth Rhodes, Stacey Schlau, Lía Schwartz, Alison Weber, Judith Whitenack y el propio Julián Olivares, es una versión revisada de *Tras el espejo la musa escribe: lírica femenina de los Siglos de Oro* (Madrid: Siglo XXI, 1993; 2.^a ed., 2009). En ella se nos hace ver, una vez más, que las mujeres escritoras del reinado de los tres Felipes sí tuvieron un verdadero “siglo de oro” poético, y que supieron captar no solo los matices de la experiencia religiosa desde sus celdas conventuales o cámaras privadas, sino también el vitalismo de la vida doméstica y de la Corte; que elevaron la calidad poética del momento a nuevas cotas, y que compitieron, en muchos casos, con sus coetáneos masculinos en calidad, variedad y tensión emotiva. Por ello resulta de gran utilidad una antología como la presente, en la que no solo se nos ofrece un variadísimo abanico de estudios sobre poetisas y piezas